

Comentarios a “Horizontes de la relación de objeto”

Guillermo Bodner¹

El trabajo “Horizontes de la relación de objeto”, publicado en este volumen es una reflexión exhaustiva sobre un concepto básico en el pensamiento psicoanalítico. Considero que la tarea de clarificación conceptual es inseparable de la clínica y una condición necesaria para la escucha, la comprensión y la interpretación. Los diferentes aspectos revisados en el trabajo, nos invitan a pensar las nociones clásicas a la luz de problemas actuales.

La lectura del artículo me ha sugerido algunos comentarios, empezando por la cuestión terminológica. Creo que la expresión “relación objetal”, es la más adecuada, no sólo porque traduce con fidelidad las versiones inglesa y alemana originales, sino porque es más específica del vocabulario psicoanalítico y de fenómenos singulares como el insight.

Por otro lado quisiera hacer algunas reflexiones a partir de la idea “La relación de objeto pone en evidencia que el acceso a la alteridad no se da de entrada y en bloque, sino que reconoce pasos y matices que se pueden ordenar en un proceso en el que podemos reconocer los momentos que Klein llamó posiciones.” En efecto, considero que este acceso a la alteridad, transcurre según las vicisitudes de las posiciones y se desarrolla a través del insight.

Es importante diferenciar el objeto de la experiencia sensible (objeto “mundano”) del objeto de un tipo especial de experiencia subjetiva como es el insight psicoanalítico. Este objeto psicoanalítico comparece de modo fugaz en la toma de conciencia de una experiencia subjetiva inconsciente, de uno mismo o de otro.

Como señala el artículo, el objeto fue esbozado por Freud en el marco de su teoría de las pulsiones y más tarde, redefinido a través de las vicisitudes de la identificación, especialmente en “Duelo y Melancolía” y en “El Yo y el Ello”. Los trabajos de Klein, toman como referencia esta última versión y es respecto de ella que esboza el perfil de “*su objeto interno*” como hallazgo clínico y conceptual

¹ Sociedad Española de Psicoanálisis. Josep Irla i Bosch 2, 7-2, 08034 Barcelona, España. E-mail: gbodner@intercom.es

.El trabajo de Melanie Klein puso de manifiesto que el niño juega con sus objetos, pero incluyendo a la persona del analista en la dramatización de sus fantasías. Los objetos con los que el niño juega son objetos vivos, a quienes le atribuye sentimientos y motivaciones, lo que marca una diferencia respecto de la simple descarga pulsional sobre objetos pasivos.

Ya en 1939, ante la inminente llegada de Freud a Londres y un par de años antes de las “Discusiones controversiales”, Klein y sus discípulos se reunían para clarificar ante sí mismos y sus colegas, las elaboraciones que los diferenciaban de los postulados de Freud. Este grupo, de existencia breve y privada, se autodenominaba “grupo de los objetos internos” lo que pone de manifiesto la importancia de este concepto en la génesis del pensamiento kleiniano (Hinshellwood, R. 1997).

En unas notas no publicadas, M. Klein señalaba: “El psicoanálisis de niños pequeños, me condujo a usar un término que no ha sido encontrado aceptable y suficientemente claro para muchos de mis colegas. Es el término ‘objetos internos’ y objetos ‘buenos’ y ‘malos’.” Y más adelante: “Mi razón para preferir este término a la definición clásica de ‘un objeto instalado en el yo’ es que el término ‘objeto interno’ es más específico porque expresa exactamente lo que el inconsciente del niño y por lo tanto las capas profundas del adulto, siente hacia él. En estas zonas no se siente que forme parte de la mente en el sentido que entendemos el superyó como la voz de los padres dentro de la mente del niño. Este es el concepto que encontramos en los estratos superiores del inconsciente. En las zonas más profundas, no obstante, se le siente como un ser físico, o mejor una multitud de seres, con todas sus actividades, amistosas y hostiles, alojadas en el interior del propio cuerpo...”. (Melanie Klein Trust, citado por Hinshellwood, 1997).

A partir de entonces la preocupación de Klein acerca de las “zonas más profundas” del inconsciente será determinante de su labor teórica. En estos niveles al objeto interno se le atribuye una realidad idéntica a la del objeto mundano y lo más sorprendente es que para el sujeto, *la tiene realmente*. Esto es lo que Klein ha llamado nivel concreto característico del funcionamiento psicótico, aunque exista en personalidades no psicóticas. La realidad concreta que adquieren los objetos internos es la consecuencia de la cualidad omnipotente de las fantasías que lo constituyen (Caper, R. 1999). Ese objeto interno sirve para designar una parte de la experiencia del individuo que no es reconocida como vivencia subjetiva sino sólo como hechos de la realidad.

Estas “zonas más profundas” están en la frontera de la diferenciación somato psíquica, en la que el objeto de la experiencia existe, pero no es discernido por el sujeto. La vivencia desborda al sujeto incipiente que recurre a mecanismos primitivos: el mismo intento de organizar la experiencia, lo organiza como sujeto de la misma.

Por lo tanto es cierto que la relación está desde el principio. Lo que ocurre es que puede o no haber conciencia de la misma. Podemos considerar la posición esquizoparanoide como la activación de mecanismos en el sujeto incipiente sobre una experiencia desorganizada. Por lo que el objeto de la posición esquizoparanoide, sería ya una “transformación” del objeto de la experiencia cruda, de los impactos sensoriales, perceptivos y emocionales. Al aceptar lo central de la relación, su existencia como algo dado, aún cuando no haya conciencia de la misma, se evita el -atasco de una perspectiva genética unilateral. Es imposible esbozar una teoría satisfactoria, que pueda decidir sobre la prioridad entre sujeto y objeto. En cambio, creo que no es forzado

admitirla existencia “de hecho” de un sujeto y un objeto, como consecuencia de un mismo proceso de escisión que constituye a uno y a otro.

En efecto, como se afirma en el artículo que comento: “lo que dice (el paciente) del objeto no lo está afirmando acerca de un personaje mundano, sino de una creación del sujeto” y por lo tanto “las relaciones de objeto no equivalen a las relaciones interpersonales”. Matizaría este punto diciendo que el paciente *no sólo* habla de un personaje mundano, sino que al hablar de él, nos comunica al mismo tiempo una relación intrapsíquica, lo que pone de manifiesto el carácter estratificado del psiquismo. Podría decirse que esta perspectiva psicoanalítica, “se preocupa de la relación del sujeto con *sus objetos*, no de la relación entre el sujeto y el objeto, que es una relación interpersonal” (Kohon, G. 1985). A la luz de los debates actuales, de la concepción bipersonal del campo analítico y la intersubjetividad, podemos decir que el centro de atención es la relación del sujeto *con sus objetos (nivel intrapsíquico)*, tal como las despliega el sujeto en una relación con otro (*nivel intersubjetivo*).

En la formulación kleiniana el objeto interno es inseparable de la fantasía inconsciente, que organiza la experiencia primitiva. La comprensión de la fantasía que subyace al relato “mundano” no sólo arroja luz sobre “contenidos” inconscientes, sino también sobre los mecanismos y procesos mentales que se activan en paralelo al plano semántico del relato.

Debido a eso, la identificación proyectiva ayuda a comprender un nivel de comunicación que se revela en las fantasías, actitudes y sentimientos que el paciente estimula en el analista. En efecto, el analista es en parte y de modo transitorio una creación del paciente, que induce actitudes que pueden pasar desapercibidas para el receptor. Cuando el analista recupera su diferencia y discierne los sentimientos o identificaciones que le han sido inducidos, puede ganar comprensión y comunicarla al paciente. La identificación proyectiva, definida en un primer momento como una defensa patológica, se fue ampliando para incluir una extensa gama de relaciones íntimas entre el inconsciente emisor y el receptor. Una particularidad de este proceso es que siendo una fantasía, es la forma de la realidad mental y promueve cambios reales en los objetos.

“El paciente, desde el comienzo de la vida, tiene suficiente contacto con la realidad, como para actuar de tal manera que evoca en la madre sentimientos que él no desea, o que desea que tenga su madre” (Bion, W. 1962). La identificación proyectiva modifica al sujeto y al objeto, debido a la escisión, proyección e identificaciones que comporta. Por ello, de manera esquemática se puede hablar de los aspectos *adquisitivos* de la IP y de los aspectos *atributivos* de la IP. Cuando observamos los aspectos atributivos, es decir lo que se le atribuye al objeto, se puede diferenciar cuando esta atribución es *evocativa* porque induce modificaciones reales en el objeto de las *no evocativas*, cuando no lo hace (Bott Spillius, E. 1988).

En los últimos años, desde diversos marcos teóricos se ha insistido en incluir el campo subjetivo del analista para observar estos procesos. En mi opinión, esta ampliación del campo de observación analítica no implica necesariamente un cambio de paradigma teórico. El concepto kleiniano de identificación proyectiva es un instrumento muy valioso para explorar la dinámica inconsciente de la intersección de lo intrapsíquico con lo intersubjetivo en la relación analítica.

Si el estado mental del analizado se encuentra bajo predominio esquizoparanoide, sus proyecciones impactan en el estado mental del analista,

haciendo que éste asuma un rol, que desempeña sin crítica. En un segundo momento, cuando se distancia y observa su subjetividad, el analista puede preguntarse por el papel que está jugando y acoger la comunicación inconsciente que se canaliza a través de la actitud inducida. Es en ese momento, cuando se ponen de manifiesto “las capas más profundas del inconsciente” y su cualidad “objetal”.

El propio analista hace de su experiencia subjetiva un objeto de observación. Que esto ocurra durante la sesión, o más tarde al recoger unas notas o en una supervisión, indica la dificultad de procesar este distanciamiento bajo el impacto de las ansiedades y defensas que están activas en el campo analítico.

Este reconocimiento ha sido denominado “objetalización de la experiencia subjetiva” y es parte del movimiento oscilatorio Ps<>D, descrito por Bion. La experiencia vivida como algo disperso tiende a agruparse en unidades significativas con cualidad de objeto. Como ha mostrado Briitos, (1998) la posibilidad de objetalizar esta experiencia es función de una configuración edípica interna que permita la existencia de un espacio mental, donde pueda funcionar de modo no persecutorio el tercer objeto, observador no participante.

Este proceso pretende dar nombre a una experiencia, limitarla y configurarla sobre un fondo en movimiento. Entre otros requisitos, para que esta “objetalización” sea posible, es necesaria la tolerancia al no saber, la “capacidad negativa” y la escucha cuidadosa de las respuestas conscientes e inconscientes del analizado. Esto nos orienta en cuanto a lo verosímil del significado percibido y para no tomar posibles “ideas sobrevaloradas” del analista, como datos seguros del insight.

El estudio de las relaciones objetales ha permitido ampliar el campo de observación a los delicados movimientos que tienden a promover el cambio o a conservar el equilibrio psíquico. B. Joseph (1989) ha estudiado un tipo de dolor psíquico que se asocia a la pérdida de un estado particular de la mente y que aparece cuando hay una mayor conciencia del self y de la realidad de otras personas. Esto promueve la acción de poderosos movimientos objetales, que tienden a mantener el equilibrio amenazado; uno de estos mecanismos es la utilización de los objetos para contener partes no deseadas del self. Cuanto más intensos sean estos mecanismos de proyección en el objeto y su atribución a otros sujetos, estos quedan desprovistos de alteridad y ocupados por las propias proyecciones. Así entendido, el equilibrio es el resultado de operaciones omnipotentes para evitar el insight y mantener la configuración patológica. Estos hallazgos permiten describir formas de estabilidad patológica, que se activan para contrarrestar el insight. En la clínica constituyen un recurso para observar de modo incipiente, los movimientos consecutivos al contacto con el insight. Dicho de otra manera, el insight no conduce necesariamente a la integración de la nueva experiencia. Muchas veces, la aproximación a una significación diferente, estimula defensas, que tienden a aislar y disociar la experiencia nueva para recuperar la estabilidad anterior.

Esta derivación de la fenomenología de las relaciones objetales abre un campo de comprensión muy fecundo para explorar la relación del analizado (y del analista) con sus creencias, sus convicciones o sus teorías. Desde este ángulo toda comprensión nueva, constituye al mismo tiempo, un duelo por las creencias que se pierden. La incorporación de lo nuevo, sin la elaboración del duelo por lo que se pierde, lleva a una fascinación por lo “novedoso” que profundiza la disociación e impide la integración.

Siguiendo las ideas de B. Joseph sobre la función del equilibrio para evitar el dolor, muchos autores han descrito formas “sofisticadas” de relaciones objetales, en las cuales se llega a complejas organizaciones patológicas defensivas (O’Shaughnessy, E.1981) o a la construcción de refugios psíquicos (Steiner, J.1990) en los que el paciente se instala y trata de inducir al analista a habitar dentro de él, para impedir diferenciaciones dolorosas. Es interesante el desarrollo teórico y clínico que ha promovido el descubrimiento de la “interioridad” del objeto. Si bien está señalado desde los primeros escritos de Klein, la interioridad del objeto adquiere una nueva dimensión cuando se la entiende como parte de una lucha entre la contemplación fascinada del exterior del objeto y el misterio de su interior inaccesible, como lo hace Meltzer (1988) en el “conflicto estético”.

Decíamos antes que la relación objetal designa un elemento específico de la experiencia de insight. Con esto intento diferenciarla simple comprensión subjetiva como la introspección, de la comprensión específica de la subjetividad inconsciente, adquirida en la relación analítica y propia de ella. La experiencia subjetiva es un hecho dado, mientras que el insight, la toma de conciencia y la generación de significado que aporta el análisis es una posibilidad contingente a la experiencia que no debería confundirse con la mera experiencia en sí.

La relación de objeto es siempre parcial, como lo es el conocimiento de la experiencia y la experiencia misma. Toda experiencia es contingente, determinada y por consiguiente, el conocimiento de esa experiencia es parte de algo más amplio. No obstante ningún conocimiento es posible sin una referencia a la totalidad, sin un movimiento hacia lo depresivo, que no significa una aprehensión total del objeto, sino la inevitable ubicación de la totalidad como horizonte. Otra cosa es que el sujeto (analizado o analista) interprete su experiencia, su objeto o su conocimiento como totalidad, lo que nos coloca ante la omnisciencia, la omnipotencia y las organizaciones narcisistas.

El sujeto se constituye como sujeto para sí en la medida que descubre la subjetividad del otro y en especial las limitaciones de este conocimiento. Siempre queda algo excluido, que puede ser vivido como una amenaza o como el horizonte inabarcable que invita a proseguir. Cuanto más amenazante sea esta exclusión, como ocurre en la posición esquizoparanoide, más se estimula la fantasía omnipotente de posesión y control “total” del objeto.

La elaboración de la posición depresiva no da acceso al objeto total, sino que repara las escisiones producidas por el sujeto, promoviendo una integración y el reconocimiento de que la posesión y el control del objeto, es sólo una fantasía omnipotente. Este proceso ha sido estudiado como la configuración del espacio mental interno, en la que el sujeto puede tolerar su exclusión del vínculo entre la pareja parental. Cuando puede reconocer la separación de los padres y la libertad que tienen para relacionarse, el sentimiento de exclusión se atenúa, porque el niño no está excluido sino que puede imaginar una relación en la que no participa, lo que le da acceso a su propia libertad.

Cuando se usan poderosos mecanismos de defensa para evitar algún aspecto de la situación edípica, pueden aparecer perturbaciones en el proceso de pensamiento; de esta manera, la capacidad de preservar un espacio mental libre donde se desarrolle un pensamiento significativo, depende de la capacidad de tolerar la separación de los padres internos, permitiéndoles así, en la fantasía, la libertad de relacionarse entre ellos. (Sodrè, I, 1994)

El descubrimiento de la identificación proyectiva en 1946, junto a la descripción de los mecanismos esquizoides, no fue acompañado en la obra de

Klein de una revisión de su teoría de las posiciones y especialmente una revalorización de la posición depresiva. Lo que se ha llamado el Edipo precoz, fue retomado bastante más tarde por la teoría kleiniana, especialmente a finales de la década de los 80. (Steiner, J. 1989)

La elaboración simultánea de la conflictiva edípica precoz y la posición depresiva son dos aspectos de un mismo proceso de diferenciación del sujeto y la creación de un espacio mental propio. Es en la relación y en la toma de conciencia de la misma donde se constituye el sujeto. En ese proceso el sujeto se "libera" relativamente de sus sujeciones, en la medida que libera a sus objetos internos. El mismo proceso le permite reconocer la subjetividad del objeto, del objeto mundano, del objeto externo o del analista en la transferencia.

En la pluralidad actualmente reconocida en el pensamiento psicoanalítico, hay autores que consideran que la perspectiva intersubjetiva comporta un nuevo paradigma, lo que implica a veces importantes modificaciones técnicas. El trabajo "Horizontes de la relación de objeto" explica las vicisitudes de la construcción del sujeto, el descubrimiento de la alteridad y los mecanismos para negarla, siguiendo las ideas de Freud y los aportes de Klein. A partir de ellas he intentado enfatizar que el reconocimiento de objeto y la construcción de la subjetividad, es un proceso siempre inestable y en movimiento.

Descriptores: RELACIÓN DE OBJETO / OBJETOINTERNO / IDENTIFICACIÓNPROYECTIVA

Bibliografía

BION, W. R.- (1962) The Psycho-Analytic Study of Thinking. *Int. J. Psycho-Anal.*, 43:306-310.

BOTT SPILLIUS, E.- (1988) *Melanie Klein Today*, Routledge, London.

BRITTON, R.- (1998) *Belief and Imagination*, Routledge, London.

CAPER, R.- (1999) *A Mind of One's Own*, Routledge, London.

HINSHELLWOOD, R.- (1997) The elusive concept of 'internal objects'(1934-1943) *Int. J. Psycho-Anal.*

JOSEPH, B.- (1989) *Psychic equilibrium and psychic change*, Routledge, London.

KOHON, G.- (1988) Objects are not people, *Free Assns.* 2:19-30.

MELTZER, D.- (1988) *The Apprehension of Beauty*, Roland Harris Trust, Clunie Press, Worcester.

O'SHAUGHNESSY, E.- (1981) A Clinical Study of a Defensive Organization. *Int. J. Psycho-Anal.* 62:359-369.

SODRÉ, I.- 1994). Obsessional certainty vs. obsessional doubt: from two to three, *Psychoanal. Inquiry*, 14:379-392.

STEINER, J.- Ed. (1989) *The Oedipus Complex Today*, Karnac Books, London.(1990) Pathological Organizations as Obstacles to Mourning: The Role of Unbearable Guilt. *Int. J. Psycho-Anal.* 71:87-94.